

NECROLOGIAS.

Ilmo. Sr. D. Calixto de Santa Cruz y Ojangoiti.

Por efecto de las aflictivas circunstancias que atravesamos, nos ha sido imposible reunir los datos que necesitaríamos para presentar en detalle los servicios, que en su carrera ha prestado nuestro inolvidable compañero y amigo. No hemos creído, sin embargo, que ni esta consideración, ni el dolor que tan reciente pérdida nos causa, son razones bastantes para diferir el cumplimiento de un deber, que la REVISTA viene llenando desde su creación.

Además, el gran vacío que Santa Cruz deja en el Cuerpo; la gran importancia que adquirió en un círculo muy extenso, si se atiende á la modestia de las funciones que ha desempeñado, á la de su carácter retraído y al aislamiento en que ha vivido; eran debidas, mas bien que al innegable mérito de sus trabajos, á la rara perfección del conjunto, á la armonía entre sus dotes morales é intelectuales; á la autoridad que daba á sus palabras una conducta siempre digna, su reconocida imparcialidad, su honradez por nadie puesta en duda.

Hasta tal punto tenemos el convencimiento de que los numerosos y notables trabajos que quedan de Santa Cruz no dan la medida de su mérito, que renunciaríamos á escribir este artículo necrológico, si lo creyéramos destinado al público que no le conocía. El espíritu de partido á veces, móviles menos nobles otras, han agotado con harta frecuencia la hipóbole laudatoria, aplicándola á oscuras medianías, á dudosas reputaciones. No creemos, por tanto, debe aventurarse juicio ninguno sin presentar los hechos en que se funda, sin indicar al lector los medios de comprobar su exactitud. Nuestras circunstancias son distintas.

La índole de nuestra REVISTA, la indiferencia con que en España se mira todo lo que no tiene relación con la política, nos autorizan á creer que nuestro papel es el de intérpretes de nuestros lectores, que solo echarán de menos el que nuestros medios, inferiores á nuestros buenos deseos, no nos permitan expresar dignamente sus propios sentimientos.

Nació D. Calixto de Santa Cruz (1) en Santander, de familia que de antiguo goza en el país del aprecio y consideración, que por todos títulos se merece. Aunque los hemos pedido, no tenemos datos relativos á sus primeros años; pero el cariño, y mas aun la consideración que al principiar su carrera merecia á personas distinguidas, que allí le habian conocido, nos hacen creer que muy pronto dió muestras de lo mucho que valia.

Ingresó en la Escuela de Caminos en 26 de Junio de 1854, terminando sus estudios en 1859. No habia entonces censuras, pero ocupó constantemente el núm. 1.º entre sus compañeros, á quienes mereció la misma cariñosa consideración que á sus profesores. Explicó al mismo tiempo que continuaba su carrera en los últimos cursos, algunas asignaturas, quedando, concluida aquella, de profesor de la de ferro-carriles. Fue, repetimos, especialmente distinguido por todos sus profesores, y muy particularmente por el Director don Juan de Subercase, cuya memoria nunca podremos olvidar, y que va unida á todos los hechos y á todos los nombres que han contribuido á enaltecer, en su última época, el Cuerpo á que tenemos la honra de pertenecer.

Como discípulos, pudimos apreciar entonces, no solo la solidez de sus conocimientos; el acierto con que facilitaba la inteligencia de las cuestiones mas complicadas y difíciles, presentando á nuestra vista sus principios fundamentales, desembarazados de los detalles, que podian hacernoslas oscuras; y la lógica de sus razonamientos; sino tambien la elegancia y corrección de aquella fácil palabra, que tanto realce dió á sus opiniones en la Información parlamentaria, para la redacción de la Ley de ferro-carriles en 1845; que pocos meses antes de morir sorprendia en la Junta consultiva á sus compañeros, como si por primera vez le oyeran; y que parecia fijarle de antemano un distinguido puesto en nuestro parlamento.

En 1859 fué nombrado Ayudante 1.º (2), y dió principio á sus servicios, que llenarian toda nuestra ambición; pero que á pesar de su indisputable mérito, no han dado á Santa Cruz campo bastante para dejarnos pruebas tangibles de todo lo que valia, si bien han sido suficientes para que no dude de su superioridad ninguno de cuantos han tenido ocasiones de apreciar de lo que, en su larga carrera,

(1) Ignoramos la fecha exacta. Creemos que hacia 1814.

(2) Graduación equivalente entonces á la de Ingeniero primero.

era capaz. Las pocas obras que se le encomendaron, no presentaban dificultades de las que ponen á prueba la ciencia y el talento de un Ingeniero. Muy pronto empezó á desempeñar funciones de Jefe, y dejó de hacer para ponerse á juzgar. Mas adelante explicaremos el porqué no ha brillado en otro campo, á que sus condiciones le llamaban. Por separado haremos una reseña de los numerosos trabajos, de las variadas comisiones que desempeñó y de los honrosos cargos que se le confiaron.

Ni la disposicion de nuestro ánimo, ni la falta de datos, nos permiten entrar hoy en este trabajo. Cumpliremos el penoso deber de dar á nuestros lectores noticia de su fallecimiento, y terminaremos dibujando la figura de Santa Cruz, como nosotros la hemos visto siempre, como creemos se la presentado constantemente á su familia, á sus amigos, á sus compañeros, que sabrán completar y corregir el cuadro.

Al formar el notable proyecto de conduccion de aguas á Valencia, que otros ejecutaron comprobando la justicia del gran aprecio que mereció este estudio, adquirió Santa Cruz la enfermedad de estómago, que tanto le afligió en los últimos años de su vida.

Con el objeto de procurarse alguna livio, obtuvo licencia en Julio de este año, para tomar en su provincia los baños de Solares, que en años anteriores le habían mejorado notablemente. No sucedió lo mismo en este, y á pesar del cambio de clima, de la satisfaccion de verse rodeado de su familia y amigos en el pueblo de su nacimiento, sufrió en Agosto uno de los ataques más fuertes y prolongados de su padecimiento habitual. A pesar de esto y de nuestra insistencia en que pidiera una próroga para pasar al extranjero, tan pronto como se sintió algun tanto repuesto, y dominando el temor que siempre le habia inspirado el cólera, vino á Madrid días antes de que terminase su licencia, y tomó parte en los exámenes que, combinados con las sesiones de la sub-comision encargada de formar el proyecto del plan general de ferro-carriles, y con las de la Junta consultiva, le obligaban á alterar su método, y constituian un trabajo fatigosísimo para su naturaleza empobrecida.

En la angustiosa madrugada del 8 de Octubre sintió los primeros síntomas de su última enfermedad, que los facultativos declararon mortal, tan pronto como le vieron.

Consecuente con las creencias religiosas de

toda su vida, pidió espontáneamente recibir los auxilios espirituales, hacia la una de la tarde cuando empezaba su larga y dolorosa agonía. En su cabal juicio pidió y recibió tambien á media noche la Extrema-Uncion, entregando su alma al Señor al mediodia del 9. A pesar de lo angustioso de las circunstancias y de que á nadie se avisó, numerosos amigos trataron de suplir la falta de su cariñosa familia, dándole la última prueba del afecto, que á todos inspiraba.

En la Escuela adquirió ya Santa Cruz gran reputacion, y justificó la apreciacion que respecto á él hemos adelantado. No solo merecia su puesto por la aptitud que manifestó en todas las asignaturas, á pesar de su diversa indole; lo mismo en las cuestiones de análisis, que en las de Geometria; en las de aplicacion, que en el estudio del derecho y economia politica, en cuya asignatura sorprendió al distinguido jurisconsulto Sr. Vizmanos, que entonces la explicaba; sino que con su conducta, algun tanto reservada, pero siempre leal; con su buen sentido, con su modestia, con la imparcialidad de sus juicios, se impuso de tal manera á sus compañeros que, aun prescindiendo de las cuestiones de ciencia, se buscaba su opinion, respetándola, como pudiera haber sucedido con la de un hombre que tuviera una larga y honrosísima historia.

Y esta es, en nuestro concepto, una prueba innegable del verdadero y especial mérito de Santa Cruz. Ha llegado á ser un proverbio, que nadie es grande para las personas que viven en su intimidad. Santa Cruz debió constantemente su gran reputacion á las personas que le rodeaban; á sus compañeros; á aquellos que por la analogia de las funciones que desempeñaban, por la rivalidad, á que por su mérito y servicios respectivos podian justamente aspirar, parece debian estar interesados en no aumentar la talla de Santa Cruz, para no verse oscurecidos por la sombra que proyectaba.

Y es que solo en pequeñas reuniones de amigos se presentaba tal como era. Su absoluta falta de ambicion, no solo de riquezas que constantemente despreció, sino de los honores y representacion que tanto halagan y estimulan, crearon en él un defecto, que con frecuencia se le echaba en cara: la falta de iniciativa.

Desempeñó en su larga carrera numerosas é importantes comisiones, de manera tal, que cada

una de ellas servia para asegurar mas y mas su crédito. Pero terminado el trabajo concreto que se le habia confiado, no trataba de desarrollarlo, nada hacia para darle mas vastas proporciones.

Todos los Gobiernos de los diferentes partidos y parcialidades políticas, que sucesivamente han ocupado el poder, en el agitado periodo de 1859 á 1865, han hecho la misma justicia, han depositado igual confianza en la rectitud de su carácter, en la lucidez de sus juicios.

Se le han ofrecido cargos elevados en la Administracion, distritos por electores influyentes que, haciéndole justicia, deseaban les representase: constantemente los ha rechazado. Este es, repetimos, uno de los cargos mas graves que se le han dirigido y que seria justo, si el egoista deseo de conservar tranquilidad y evitar la responsabilidad y disgustos que elevadas posiciones acarrear, hubieran sido los móviles de su retraimiento. No ha sido así. Si Santa Cruz se negó constantemente á ocupar posiciones que en España son necesariamente políticas, aun cuando figuren en el cuadro administrativo, fué porque dadas sus convicciones, sus condiciones de carácter, su modo de ser, en fin, nada podia hacer en ellas.

La explicacion de este hecho, necesaria, porque sin ella quedaria en pié la mas grave acusacion, que puede pesar sobre nuestro querido amigo, exige entremos en otro orden de consideraciones.

No es por mil razones nuestro ánimo examinar la cuestion de si esta época vale mas ó ménos que las que la han precedido; pero cumple á nuestro propósito apuntar lijera mente algunas condiciones de la actual organizacion política, que creemos universalmente reconocidas, aunque diversamente apreciadas.

Aceptado oficialmente que nuestro sistema actual descansa sobre ficciones, está justificado el nombre de época de transicion, con que á la nuestra se designa. Es decir, que no hay ningun principio fijo, que todo ha de resolverse por sutilezas, por transacciones.

No tratamos de ningun modo de rebajar á los demás para elevar á un hombre. Dadas las condiciones mencionadas y la imposibilidad ó inmensa dificultad de dominarlas, es tal vez un mérito mas en los hombres, que con rectos fines, con nobles propósitos, toman parte en la gestion de la cosa pública, plegarse en los detalles, arrojando el cargo de inconsecuencia, parcialidad ó falta de ca-

rácter, para dominar una grave dificultad, para plantear una reforma conveniente.

Santa Cruz no podia hacerlo. Todo en él era sencillo, lógico, recto. Su espíritu de justicia le llevaba á juzgar con el mismo criterio las cuestiones pequeñas que las grandes, y á no ceder nunca en la aplicacion de los principios, á que amoldaba su conducta. Quería que se observase siempre y de la misma manera la ley en el recto sentido de su letra, solo por ser ley, sin entrar en discusion de circunstancias especiales.

El aprecio, la consideracion, el respeto, podemos añadir, que inspiraba á cuantos tenían algun motivo de conocerle, nos dispensan de extendernos en el elogio de sus cualidades como particular. Frio y reservado á primera vista, solo en el círculo intimo de la familia y de sus mas allegados amigos, dejaba ver la ternura de sus sentimientos; Cuando sus padecimientos le daban treguas, era jovial y expansivo. Lejos de buscarlas, huía de conversaciones científicas, de alardes de saber, pero al consultarle nos recordaba siempre la frase gráfica con que le dibujaba uno de sus amigos mas queridos, uno de nuestros malogrados compañeros, de los que mas simpática memoria han dejado entre nosotros. Decia con su brillante imaginacion D. Francisco de Echanove y Guinea: *Santa Cruz es un libro cuyas páginas nunca recorro sin sorpresa; sin aprender algo; pero es un libro cerrado, que nos cuesta gran trabajo abrir.*

Santa Cruz no era erudito; pensaba mucho, leía muy poco; pero tenía maravillosa aptitud para fijarse en los principios fundamentales de las cuestiones, prescindiendo de detalles y de accesorios. Así es que no recordamos haberle hablado de ninguna, aun de aquellas que teníamos mas estudiadas, acerca de la cual no nos presentase alguna apreciacion propia, algun punto de vista nuevo para nosotros.

A pesar de la modestia de su vida metódica y arreglada, solo ha dejado á su muerte el corto patrimonio de su familia. Era generoso sin ostentacion, y pudo decirnos con verdad durante su penosa agonía: Creo que no debo nada á nadie; muchos me deben, á todos les perdono. Aunque probablemente en su menor parte, y no por él, sabíamos que era cierto lo que decia, entre sus papeles no se encontró ni un recibo, ni aun un apunte relativo á sus acreedores.

Por una contradiccion, inexplicable para nos-

otros, cuando por la sencillez de sus costumbres, por lo vivamente que sentia los goces de la vida de familia, parecia destinado á ser un modelo de esposos y de padres; ha muerto célibe. Ni aun nos deja, como Barra y Subercase, hijos que, con su noble conducta y distinguidos servicios, mantengan viva la respetada memoria de sus padres. La suya morirá tan pronto como terminen los breves dias que nos sea dado guardarla en nuestros corazones.

Descanse en paz.

L. T. V.

D. Nicolás Sichar y Salas.

Hace pocos días, el 12 de Octubre, unos cuantos jóvenes traspassados de dolor acompañaban á la última morada el cadáver de uno de sus mas queridos y aventajados compañeros.

Hace siete años en este mismo mes, quizá en ese propio dia, ingresaba en la Escuela de Ingenieros de Caminos un joven, que en los difíciles exámenes de entrada habia aventajado á todos y merecido el codiciado número uno.

¿Quién habia de decir que aquel mancebo, que además se distinguía de todos por su robustez y gallardía, habia de bajar al sepulcro, apenas concluida una carrera con tanta gloria empezada?

Cuando se ve que la muerte no respeta la vida de los jóvenes mas dignos de conservarla, cuando al fin de una carrera que impone tantas fatigas y vigiliass se encuentra la tumba, no es de extrañar que muchos corran tras de los goces materiales, mostrándose indiferentes á los encantos del saber y á la estimación de condiscipulos y profesores. ¿A qué mortificarse, á qué estudiar tanto como Sichar, dirán los perezosos y sensualistas, si la muerte viene á hacer estériles tantas fatigas?

Pero ¿y el nombre que deja Sichar? ¿y las satisfacciones que le proporcionó el constante aplauso de amigos y maestros? ¿y las que procuró á sus cariñosos padres y hermanos?

Y en verdad, que en los triunfos científicos de nuestro amigo no debemos olvidar á su familia, que ha dado ya á la patria hombres ilustres en las armas y en las letras, por el esmero con que le educó, por el estudio que hizo de su aptitud especial y por el respeto que guardó á su vocación.

Si hay en el mundo tantos profesores inútiles, tantos hombres, que no sirven para la carrera á que han sido destinados, consiste en que no se ha estudiado bien su aptitud ó no se ha respetado su vocación.

Nuestro malogrado amigo no vaciló como otros sobre la carrera que habia de emprender. Era muy niño y ya se mostraba resuelto á seguir por su propia inspiración la de Ingeniero, y cuando estudió la filosofía en Zaragoza dió á conocer que su afición á las ciencias exactas no era hija de capricho, sino de su aptitud para tan difícil estudio.

Al vueltas de muchos inconvenientes que lleva consigo el complicado sistema de la segunda enseñanza, tan fatigoso para los niños, tiene la ventaja de que al presentar á su ojos el vergel de la ciencia puede observarse la impresión que hace en sus ánimos la vista de tantas y tan diversas plantas, á cuál tienden sus manos con gusto, cuál miran con repugnancia y cuál están deseosos de cultivar. Si hay alguno que mira á todas con indiferencia ó con repugnancia, no hay que esperar nada de él. Si hay quien las contempla con igual deleite, es de temer que no cultive ninguna con pasión, porque no alcanza á tanto la inteligencia humana.

Pero si hay quien desde el primer momento se apasiona fuertemente por un solo ramo del saber humano, respétese esa pasión en la seguridad de que el fruto ha de corresponder al cultivo gustoso, al ardor de la afición y á la constancia del estudio.

Esto se vió prácticamente en Sichar. Su familia respetó su vocación y él demostró bien pronto que no era un antojo infantil su afición á las matemáticas.

De los progresos que hizo en su estudio, bajo la acertada dirección del Sr. Urquiza, y del concepto que este ilustrado profesor formó de su discípulo, podrá dar idea la desusada honra que le dispensaba colocándole mas de una vez en su puesto, trocándose el alumno en maestro de sus condiscípulos.

Sabido esto, no es de extrañar que en los exámenes de ingreso en nuestra Escuela, celebrados en el otoño de 1858, alcanzara Sichar el primer lugar, que de justicia le correspondía, porque, sea dicho en honor de los examinadores, jamás han desconocido el mérito, ni jamás lo han postergado al favor.